

El mal amigo

Miguel Martínez-Lage

Traductor [1961-2011]

A migos falsos no hay. O lo son o no lo son. Un amigo es de verdad o no es amigo. Bellas infieles, lamentándolo mucho, sí abundan, aunque su nombre deba seguramente más al feliz hallazgo de la hermosa rima interna, «belles infidèles», que a su comportamiento y *modus operandi*: no por bellas serán infieles, ni por infieles han de ser más guapas. Que sean atractivas y que uno flojee es otra cuestión.

A estas alturas no va uno a descubrir ni mediterráneos ni lagunas de Gallocanta. Pero sí puede aún romper una lanza —mellada, desde luego— a favor de un *caveat* que nunca, creo, hallará satisfacción suficiente ni siquiera en la repetición hasta la saciedad. En francés, a lo mejor dirían *méfiez vous pas des morceaux choisis, mais méfiez vous de votre propre ombre*. Pero como yo no sé francés, lo diré en castellano y con un comprometido ejemplo.

Un traductor debe ante todo dudar: debe dudar no metafísica, sino metabólicamente. No por ser traductor, sino por sistema.

La palabra inglesa *compromise*, en todos los contextos que yo he ido conociendo, prácticamente jamás se puede traducir por compromiso. Será una rendición incondicional, será una bajada de pantalones, será un pacto que no suele ser de gusto de quien lo contrae, será lo que sea, pero no un compromiso. Para eso están los *commitments*.

El hermano de Samuel Beckett, ingeniero de profesión, cuando asume su destino y hereda el negocio paterno, dice —dice el biógrafo de Samuel Beckett—¹ que «le tocaría envejecer a la sombra de una rendición». En realidad dice «*[he talked] of growing old on the shadow of a compromise*».

1. Anthony Cronin, *Samuel Beckett, The last Modernist*. Londres: HaperCollins, 1996, p. 138.

El disco que publicó Little Steven por la liberación de Mandela —¿se acuerda alguien de los años de Mandela en Robben Island?, ¿se acuerda alguien de que alguien apellidado Robben no podía marcarle un gol a un chico de Móstoles estando en Sudáfrica?— se titulaba *Freedom - No Compromise*. Y eso es una petición de libertad sin condiciones, que no sin compromisos.

Un ejemplo semejante es el que encuentro en la hipercorrección con que se traducen ciertos auxiliares modales, como *can* (en «*It could be seen from afar*»), o *use to* («*he used to go home late*»). Es otro ejemplo de contaminación innecesaria. E infiel. Y en esto incurren más, creo, los editores que creen saber mucho inglés, que los traductores que lo vamos aprendiendo con cautela, y sin fiarnos ni de trozos selectos ni de sombras de nadie. En el primer caso, más que «se podía ver de lejos», basta decir «Se veía a la legua»; en el segundo, más que el irritante «solía ir a casa tarde» basta un sencillo «iba a casa tarde», reforzado con un «a menudo», «a diario» u otra locución adverbial que indique frecuencia o costumbre.

Pero sigo sin tener recetas, porque cada vez que me encuentro con uno de estos peces nunca sé si es besugo o merluzo.

El traductor habrá de poner cuidado en que su sombra no se le desmande, no contraiga compromisos indeseados y no acabe en situaciones comprometidas.